

Rapidez incómoda

--Una de las causas que hace sentirse descontento y a veces desgraciado al hombre de Santiago -- dice mi amigo -- no es tanto la rapidez con que debe vivir y moverse como la imposibilidad de conseguir una rapidez comfortable. La rapidez, salvo casosm de individuos de constitución nerviosa anormal, es contraria al ser humano: al hombre le gusta vivir con un ritmo lento, darse el tiempo necesario para todo, para almorzar, para conversar, para amar, para odiar, para trabajar, etcétera. No puede hacerlo hoy día y acepta, aunque con amargura, los hechos; pero, ¿qué sucede? Que, a pesar de su conformidad, no puede hacerlo como quisiera y debiera hacerlo: tiene que pelear, en los tranvías, en las góndolas y en las micros, cada espacio y cada asiento; debe viajar colgado, sofocado, apretujado, insultado. El descontento, entonces, se transforma en ira y de ahí viene la agresividad, la descortesía, la grosería y lo demás.

Centro de Estudios de Literatura Chilena

--¿Por qué no aceptó la jornada única?

--Porque todavía no es bastante máquina y tiene la cualidad, la virtud, mejor dicho, de estimar la comida familiar, aunque sea mala y mal servida; almorzar con sus hijos y con su mujer, aunque sea tirándose los platos a la cabeza, es para él, si no siempre un placer, una costumbre doméstica a la que le es duro renunciar y que nosotros debemos respetar. Por lo demás, su charquicán, sus porotos, sus pancutras, su cazuela con chuchoca, valen para él mucho más que los inverosímiles guisotes que ofrecían los restoranes que la jornada única hizo surgir.

--¿Qué solución propondría usted?

--Solución, ninguna: sólo la muerte salva al hombre de esta estúpida y vertiginosa vida de las ciudades, con su afán de ganar dinero aprisa, comer aprisa, viajar aprisa, conversar aprisa. Pasa uno por la vida como aquellos yanquis pasaron, en cinco minutos, por todas las galerías del



Louvre. Solución, ninguna: sólo el rigor mortis. Pero a veces he pensado, mientras viajo, como ahora, apretujado dentro de un micro, que si todas las instituciones y personas que viven de los hombres que viajan como monos o como sardinas tienen interés en que esos hombres cumplan su trabajo, si no con alegría, por lo menos sin ira, deberían preocuparse de que se movilizaran con mayor comodidad. Llegar a su casa, al taller o a la oficina después de haber viajado aprensado dentro de un vehículo, no es lo mismo que llegar a ellos después de haber viajado cómodamente. Bueno, aquí debo empezar a bajarme. Pare, chofer, pare. Los timbres están malos. Con permiso, señor; con permiso, señora; perdone, señorita; niño, déjeme pasar; ¿de quién es este canasto? Con permiso... Caramba, me pasé dos cuadras.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©